

El Edificio Laennec

Autor: José Hernández Carreño.

En el corazón de San José de Maipo donde las calles de adoquines parecían absorber el sonido de los pasos, se erguía el Edificio Laennec, un gigante de adobe que parecía haber sido olvidado por el tiempo. Sus paredes parecían susurrar historias de un pasado lejano. Era un lugar donde la enfermedad y la desesperanza parecían haberse instalado para siempre. Pero dentro de sus muros, algo milagroso sucedía. Los enfermos que llegaban allí, encontraban una segunda oportunidad. El personal de salud trabajaba incansablemente para curarlos, y aunque la muerte no parecía ser una opción, la esperanza era palpable. En el sótano del edificio, había una unidad pequeña y bien iluminada llamada esterilización. Allí, una mujer llamada Silvia trabajaba con dedicación y precisión, asegurándose de que cada instrumento quirúrgico estuviera libre de gérmenes y bacterias. Su trabajo era silencioso, pero fundamental para la recuperación de los pacientes. A pesar de la seriedad del lugar, Sofía encontraba alegría en su trabajo. Le gustaba ver cómo los pacientes se recuperaban, cómo sus rostros se iluminaban con una sonrisa después de una larga y dolorosa intervención. Y aunque la pena también estaba presente, Sofía sabía que su trabajo era importante, que cada instrumento esterilizado era un paso hacia la curación. En la sala de espera, las familias de los pacientes se reunían, ansiosas por noticias de sus seres queridos. La espera era larga, pero también era un momento para compartir historias y encontrar consuelo en la compañía de otros. Una mujer llamada María esperaba noticias de su esposo, quien había sido ingresado después de una grave enfermedad. Aunque estaba nerviosa y asustada, un día, después de una larga curación el médico salió de la sala con una sonrisa en el rostro. "Su esposo se está recuperando" dijo,. María se derrumbó en lágrimas, aliviada y agradecida. En ese momento, el Edificio Laennec, con todas sus imperfecciones y defectos, se convirtió en un lugar de esperanza y curación. Silvia en sus tiempos libres acompañaba a María, esta vez se abrazaron de la emoción.

